

NECESIDAD DE UNA ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL REVOLUCIONARIA

Ernest Mandel
John Ross
1 de febrero 1981

(traducción de Pepe Gutiérrez)

1. LA INTERNACIONALIZACIÓN DE LAS FUERZAS PRODUCTIVAS

Desde su nacimiento, el capitalismo se ha orientado hacia el mercado mundial. La especialización del comercio internacional, la exportación por los primeros países capitalistas industrializados de productos manufacturados, la importación de bienes provenientes de países "subdesarrollados", la conquista del mercado de estos países, han acompañado cada paso adelante del modo de producción capitalista. El imperialismo ha llevado esta tendencia a nivel más elevado. Por su propia naturaleza expansiva, el capitalismo ha creado un sistema mundial. Todo sistema social superior que le reemplace deberá, tener necesariamente en este sentido, un carácter todavía más internacional que el sistema imperialista. No solamente desde el punto de vista político sino también desde el directamente económico. Toda teoría de "socialismo en un solo país" es, a la vez, reaccionaria y utópica.

Ahora bien, el impulso internacional del capitalismo se caracteriza por el desarrollo desigual y combinado. La industria de masas de los centros capitalistas desarrollados ha destruido la producción precapitalista de los países que dominan (industria a domicilio, industria local, primeras formas de manufacturas), sin entrañar un desarrollo masivo de la industria moderna en dichos países dominados. En la época imperialista, la exportación de capitales, la aparición a nivel internacional de vastos grupos de capital financiero que controlan el mercado financiero de casi todas las regiones del mundo, el control político y militar, directo o indirecto, de los países subdesarrollados por las potencias imperialistas, impiden que éstos, aunque sea con algunos decenios de atraso, puedan seguir el modelo general de industrialización, de desarrollo económico y de modernización establecido por los primeros países industrializados. Su desarrollo orgánico es desviado por el peso de la dominación imperialista. El progreso de la industria moderna coincide con el mantenimiento e incluso con la consolidación de formas de producción y explotación precapitalista: usura y condiciones de cuasi-servidumbre, arrendamientos elevados, formas de prestación de trabajo casi feudales, peso preponderante de los hacendados, negociantes y banqueros extranjeros que dominan la política comercial. Incluso allí donde, después de la IIª Guerra Mundial, una industrialización capitalista intensa tuvo lugar, esta fue realizada a unos precios desproporcionados y ocasionó unos desequilibrios enormes que acentuaron la desigualdad y la dislocación social.

Tal como se desprende de este proceso, la economía capitalista internacional se ha convertido en una unidad estructurada en favor de los centros imperialistas. Hiperespecializadas en la extracción y la exportación de materias primas, orientando su industria cada vez más hacia el mercado de exportación, las economías dominadas por el imperialismo se encuentran a merced de los altibajos bruscos de los precios de las materias primas en el mercado mundial. Incluso las economías

que han alcanzado un desarrollo industrial relativamente importante, se mantienen sumisas a la situación prevaleciente en los centros imperialistas (enormes endeudamientos, dependencia tecnológica, etc.), mientras que condenan a la población de campesinos pobres y de los trabajadores a vivir en los límites de la miseria y, a menudo, del hambre. Las desigualdades sociales y los desequilibrios crecientes tienen como consecuencia la inestabilidad y las crisis políticas frecuentes. Es el proceso que hemos podido ver desarrollarse en el curso de todo el período que ha comenzado con la actual crisis del sistema imperialista y que ha continuado en los últimos años en Irán, Nicaragua, Brasil, Corea del Sur. El Salvador, Zimbabwe y en bastantes otros países.

Bajo el neocapitalismo (un subperíodo de la época imperialista que comienza con el fin de la IIª Guerra Mundial), la emergencia de sociedades multinacionales, refleja todavía más claramente una **fase todavía más elevada de la internacionalización de las fuerzas productivas**. Dicha internacionalización no se manifiesta solamente a través del comercio internacional y del movimiento mundial de capitales, en tanto que las unidades productivas se mantienen, esencialmente, nacionales. Se manifiesta ahora por la organización progresivamente más internacional de la propia producción industrial. Las sociedades multinacionales organizan una división internacional del trabajo en su propio seno. Fabrican las piezas de recambio en un continente, y poseen las cadenas de montaje en otro. Transfieren de un país a otro, incluso de un continente a otro, la fabricación de tal o cual tipo de sus productos. No hay mejor prueba de ello que el hecho de que, no solamente la propiedad privada capitalista, sino también el Estado-nación, han sido superados por el nivel de desarrollo logrado por las fuerzas productivas. Muchas franjas industriales de hoy han alcanzado tal nivel desarrollo tecnológico que incluso una sola máquina no puede ser utilizada con provecho, si no trabaja por un mercado que englobe a varios países a la vez.

Por otro lado, todos los problemas económicos claves a los que en estos momentos hace frente la humanidad –el problema de vencer el hambre y el subdesarrollo del Tercer Mundo, el problema de asegurar y mantener el pleno empleo, el problema de subordinar el desarrollo “espontáneo” de la ciencia y la tecnología a las necesidades humanas, el problema de resolver la crisis ecológica– no pueden ser resueltos más que a escala internacional.

La idea de una “soberanía nacional ilimitada”, idea que resultaba progresista en tanto que fue utilizada contra los restos del feudalismo o contra las agresiones del imperialismo (es decir, contra la opresión y la explotación), se convierte en reaccionaria no solamente en los Estados imperialistas, si no también cuando se aplica a la construcción de un mundo socialista unificado, a una federación mundial de repúblicas socialistas. Esto se explica también porque todas las tentativas hechas por la burocracias de los Estados obreros deformados o degenerados de construir el “socialismo en un solo país”, son reaccionarias y utópicas. Ninguna repartición racional de los recursos mundiales en favor de una superación rápida del subdesarrollo, de la eliminación del hambre y de la miseria, de la eliminación de las desigualdades esenciales entre naciones “ricas” y “pobres” es posible si cada país quiere “marchar solo”, construyendo independientemente su propia siderurgia, su propia industria automovilística, su propia industria electrónica, al margen de sus costes y volviendo las espaldas a las amplias ventajas de la división internacional del trabajo. Esto será todavía mucho más real en el caso de revolución en los países industrialmente avanzados.

Es seguro que la división internacional del trabajo tal como está funcionando bajo el capitalismo, tal como la burocracia privilegiada que ha usurpado el poder en la

URSS la aplica, dicho de otra manera, como una división del trabajo fundada en la desigualdad, ha acrecentado terriblemente las sospechas y las prevenciones de cara a la solidaridad internacional entre muchos pueblos (en Europa del Este, pero también en Asia y en otros lugares). Pero esta no es una razón para que los marxistas revolucionarios cierren los ojos ante de la evidencia: el socialismo mundial no es posible más que alcanzando el más alto nivel de organización y de planificación internacional de la vida económica y política. y esto no será posible más que manteniendo numerosas restricciones de la "soberanía nacional", aunque sobre la base de una estricta igualdad entre las naciones que será libremente aceptada por las masas de trabajadores convertidos en señores de su destino en una Federación Socialista Mundial. Esta libre aceptación es imposible sin un alto nivel de educación internacionalista y de organización.

2. LA LUCHA DE CLASES ES INTERNACIONAL

Por su propia naturaleza, es decir por sus relaciones con la propiedad privada y la concurrencia, la explotación y la desigualdad, la clase capitalista y su prolongación (esa parte de la pequeña burguesía que comparte su ideología) son orgánicamente incapaces de encontrar una solución mundial a los problemas de la humanidad. La enorme fosa abierta entre la internacionalización objetiva de las fuerzas productivas de una parte, y la supervivencia del Estado-nación burgués de otra, ha sido colmada parcialmente por toda suerte de instituciones y de mecanismos internacionales. Pero si se observa más de cerca la forma con que estas instituciones actúan y con qué mecanismos funcionan, podemos descubrir que siempre están a favor de ciertos grupos de capitalistas (generalmente los más fuertes) y a expensas de otros. lo mismo que están a favor del capital en general a expensas de los explotados y oprimidos de todo el mundo.

El capitalismo no puede desarrollarse más que impulsando simultáneamente el desarrollo del trabajo asalariado. La acumulación de capital tiene su origen en la plusvalía, que no puede ser producida más que por el trabajo asalariado vivo. Desde su nacimiento, una lucha de clases incesante entre el capital y el trabajo ha acompañado el desarrollo del capitalismo.

Esta lucha de clases no se eleva constantemente y no alcanza en todo momento una expresión consciente. Conoce auges y declives, sobre todo en las formas más agudas (huelgas de masas a gran escala, situaciones prerrevolucionarias, luchas revolucionarias por el poder), pero, incluso cuando retrocede temporalmente por parte de la clase obrera, esta es cotidianamente perseguida a nivel de empresa por la clase capitalista. Cada nueva máquina introducida en una empresa, cada tentativa de racionalizar la organización de la producción, es una medida del capital por extorsionar al trabajo asalariado que intenta conseguir más productividad y más plusvalía. Todo despido, aunque sea de un trabajador de cualquier empresa es una tentativa de debilitar a la clase obrera.

Periódicamente, los trabajadores responden a esos ataques incesantes de la clase capitalista, en esta lucha cotidiana de su enemigo de clase, con reacciones masivas, no con las individuales, fragmentarias y limitadas. Sus reacciones masivas hacen de la huelga de masas la forma más elevada de la lucha de clases proletaria: la lucha por transformar la propiedad y el poder del Estado de la burguesía, la lucha por la victoria de la revolución socialista.

Cuando más elevado es el nivel de internacionalización del capital y el de las fuerzas productivas, más se internacionaliza la lucha de clases misma.

Tomemos un ejemplo de los más elementales: ya en el segunda mitad del siglo XIX,

los patronos habían ensayado romper las huelgas bien transfiriendo sus pedidos al extranjero, bien importando mano de obra extranjera. Una reacción nacionalista por parte de los huelguistas, intentando presentar a los "extranjeros" como enemigos jugaba a favor del patrón y rápidamente se mostraba ineficaz, incluso para ganar las huelgas. A largo plazo, esta actitud no podía por menos que ayudar finalmente a la clase capitalista que intentará dividir permanentemente a la clase obrera, introduciendo en su seno la concurrencia y la lucha entre los trabajadores de las diferentes nacionalidades. Por eso, en este sentido, todo lo que es favorable a los intereses del capital es contrario a los intereses del trabajo.

La experiencia enseñaría rápidamente a los trabajadores que la mejor respuesta a estas maniobras de los capitalistas era extender las huelgas y la organización sindical a nivel internacional. Esta fue una de las principales razones que permitieron a Marx y Engels hacer avanzar la primera Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT) desde 1864. Contrariamente a la clase capitalista, la clase obrera no tiene ningún vínculo orgánico con la concurrencia ligada a la existencia de la propiedad privada. Sus intereses fundamentales, determinados por su condición social y por las exigencias de su defensa contra los ataques de su enemigo de clase, están fundados en base a la cooperación y la solidaridad.

El capital, operando cada vez más a escala internacional, internacionalizando progresivamente la lucha de clases, obliga a la clase obrera a responder extendiendo también, a su manera, la cooperación y la solidaridad a un nivel internacional, para no ser derrotada de antemano en un juego desigual en el que se le esconden las cartas.

Es cierto que la conciencia de clase del proletariado se encuentra todavía lejos de las necesidades objetivas de la lucha de clases. Como han hecho siempre, la burguesía y las burocracias obreras que la sirven, todavía consiguen utilizar el nacionalismo, el chovinismo, el racismo y las diferencias étnicas y religiosas para dividir a los trabajadores, enfrentándolos en lugar de unirlos contra su enemigo de clase común. Pero cada vez que esta unión no se consigue, cada vez que la clase obrera no ha llegado a comprender sus tareas internacionalistas, la experiencia ha demostrado que los capitalistas han sabido aprovechar la ocasión e imponer grandes derrotas a los trabajadores, convirtiéndolos en víctimas.

Así, al comienzo de la Primera Guerra Mundial, la mayoría de los trabajadores europeos sucumbieron ante la enorme presión de la propaganda chovinista burguesa, transmitida en sus filas por los dirigentes de sus partidos de masas y de sus sindicatos que ya habían capitulado ante de la burguesía imperialista. Esta fue la causa de la bancarrota de la IIª Internacional. En 1914, estos trabajadores aceptaron la guerra en tanto que guerra de "defensa nacional", cuando en realidad se trataba de una guerra de rapiña imperialista. Pero cuando no tardaron en pagar un precio muy alto por su retroceso, cuando millones de trabajadores fueron asesinados por sus propios hermanos de clase de otros países, cuando vieron bajar rápidamente su nivel de vida como consecuencia de su aceptación de la colaboración de clases con los patronos y de su compromiso en no hacer huelgas en nombre de la "unión sagrada" empezaron a reaccionar. De esta manera, fue posible para los internacionalistas, que no eran más que una pequeña minoría al comienzo de la guerra, llegar a convencer a sectores crecientes de la clase obrera de que el internacionalismo práctico no era una utopía ni un "ideal" abstracto, aplicable solamente por una pequeña vanguardia, sino un deseo real que correspondía al interés común, inmediato y material de los trabajadores de todos los países.

Del mismo modo que, al comienzo de las guerras contrarrevolucionarias de reconquista colonial, como la llevada por el imperialismo francés contra la

revolución argelina desde noviembre de 1954, las masas de trabajadores fueron influenciadas por los prejuicios chovinistas y racistas, sobre todo cuando estos no fueron desde el inicio vigorosamente combatidos por las direcciones de las organizaciones de masas reformistas de la clase obrera. Se consideraron eximidos de su deber de solidaridad con el combate de liberación que llevaban los que estaban oprimidos por su propia burguesía imperialista. En este caso también pagaron un precio muy elevado por el abandono de un principio fundamental de la lucha de clases: miles de muertos y, en el caso de Francia, una amenaza creciente contra sus propias libertades democráticas que condujo en 1958 a la caída de la IVª República y al establecimiento de un Estado fuerte bonapartista bajo el general De Gaulle. Esta experiencia ayudó a las pequeñas minorías internacionalistas a convencer a sectores de la clase obrera de la necesidad de combatir las sucias guerras coloniales y de oponerse a los esfuerzos de guerra por todos los medios necesarios.

La necesidad de conducir la lucha de clases a un nivel internacional se ha manifestado también claramente en luchas más recientes. Hoy, en un momento en que las sociedades multinacionales organizan la producción a escala mundial, cuando la política es ante todo una política mundial, las tentativas de resolver a escala estrictamente nacional incluso cuestiones tan básicas como la defensa de los intereses económicos inmediatos de la clase obrera resultan cada vez más difíciles(1).

Mientras que en los dos últimos años, la crisis de la siderurgia se extendía por toda Europa Occidental, provocando el despido de más de 100.000 trabajadores de la siderurgia de 12 países, los trabajadores de este sector de Alemania Occidental fueron abandonados por los sindicatos de los demás países en ocasión de su primera huelga ejemplar por la semana de 35 horas, cuando esta huelga podría haber sido ganada internacionalmente, lo que hubiera podido salvar todos esos empleos. Igualmente, la potente huelga de los metalúrgicos británicos fue debilitada, a pesar de su notable determinación, porque ninguna tentativa seria de solidaridad internacional fue organizada. No se estableció en rigor ningún bloqueo de las carreteras, ferrocarriles y puertos en los que se transportaba el acero proveniente de las acerías europeas, cuando incluso un número limitado de sindicalistas decididos habrían podido alcanzar en este sentido un éxito parcial y habrían podido ejercer una presión lo suficientemente grande como para que la solidaridad prevaleciera en las estructuras sindicales. Estos ejemplos demuestran como la realidad internacional de la lucha de clases se impone como producto natural de un **proceso social objetivo**. Y, a su vez, ponen de relieve los deberes y las posibilidades de la clase obrera y de los revolucionarios.

Las raíces objetivas de la necesidad del internacionalismo proletario son muy simples. La lucha de clases es tal que cada derrota de una clase es una victoria para la otra. Esto es cierto no solamente nacionalmente sino también internacionalmente

La burguesía comprende esto perfectamente. Sus círculos dirigentes tienen una conciencia internacional extremadamente desarrollada. Sus organizaciones contrarrevolucionarias (OTAN, CEE, tratado de "defensa" ASEAN) y sus diferentes operaciones (Vietnam, golpe de Estado en Bolivia, intervención en el Golfo Pérsico y en El Salvador, etc.) tienen una dimensión plenamente internacional. Cualquiera que sean los desacuerdos particulares que existen entre sus diferentes sectores, lo cierto es que cooperan completamente en las operaciones contrarrevolucionarias más decisivas.

Por el contrario, el proletariado es seriamente frenado por sus direcciones

estalinianas y socialdemócratas y, como hemos visto, sufre dramáticamente las consecuencias cada vez que omite sus deberes internacionales.

La incapacidad del movimiento obrero en Gran Bretaña para responder a las necesidades de solidaridad con Irlanda ha creado no solamente la división de este país sino también un enclave ultrareaccionario en el seno del Estado británico. La incapacidad de las direcciones del movimiento obrero en los países imperialistas de solidarizarse plenamente con la lucha contra la burocracia estaliniana en Europa del Este ha permitido a las corrientes más derechistas en sus propios países endosarse el manto de "defensores de la democracia".

Por el contrario, cada vez que los trabajadores han aplicado una verdadera política de solidaridad internacional, incluso cuando en un principio los motivos eran confusos, se han conseguido logros importantes.

Este es el caso de Portugal, cuando el rechazo creciente de los trabajadores y de los jóvenes a continuar las guerras coloniales en África y la penetración de este rechazo en el ejército ha conducido al derrocamiento de la odiada dictadura fascista de Salazar-Caetano en Portugal mismo, en 1974.

Otro ejemplo convincente, justamente porque ha arrancado sobre un punto de partida limitado en el interior del más potente Estado imperialista del mundo, fue el caso del movimiento contra la guerra del Vietnam. A mediados de los años sesenta, el desencadenamiento de la ofensiva militar norteamericana de gran envergadura en el Vietnam no fue inmediatamente impugnada, en los Estados Unidos, por una oposición de masas activa. Pero el número creciente de muertos causada por la guerra, sus consecuencias para la economía norteamericana y el hediondo rostro de la agresión imperialista que la guerra revelaba a la juventud han desencadenado una oposición creciente tanto a través de las protestas activas como de los rechazos pasivos de aceptar los sacrificios que la guerra exigía. Los internacionalistas, que en un primer momento no representaban más que una pequeña minoría y que no eran capaces más que de pequeñas acciones de protesta, se encontraban al final de la guerra con una capacidad de influencia entre centenares de miles de personas y se encontraban inmersos en el corazón de una gran marea popular. La salida de esta lucha, basada y estimulada por el increíble heroísmo de la lucha del pueblo vietnamita, ha impuesto a la clase dirigente norteamericana la más dura derrota de su historia. El internacionalismo en la acción no es por lo tanto un "lujo", ni una "preocupación exótica", ni una "utopía". En cada país altera directamente las relaciones de fuerzas entre las clases, por lo tanto las posibilidades de victoria de la clase obrera. Esta es la lógica implacable de la lucha de clases.

La necesidad de una organización internacional de vanguardia de la clase obrera no está fundada solamente sobre las realidades económicas del mundo contemporáneo. Se funda igualmente sobre la realidad global de la lucha de clases. **"La emancipación del proletariado no será posible más que como un acto internacional"** (Carta de Engels a Lafargue, 27 de junio de 1893).

3. LAS BASES POLÍTICAS DEL INTERNACIONALISMO PROLETARIO

Al menos a partir del siglo XX (y parcialmente ya en el siglo XIX), la agravación de las contradicciones internas del capitalismo ha llevado periódicamente a violentas explosiones. La época imperialista es también la época de las guerras, las revoluciones y las contrarrevoluciones. Y, todas ellas, toman cada vez más la forma de **revoluciones y contrarrevoluciones internacionales**.

De hecho, ninguna revolución importante se ha desarrollado sin haber sido impulsada por los acontecimientos internacionales y sin extenderse a otros países.

La Revolución rusa se extendió rápidamente a Finlandia, Polonia, Alemania, Austria, Hungría y, parcialmente, a Italia. En 1936, la Revolución española empezaba a extenderse a Francia. La Revolución china de 1946-1949 se extendió a Corea, Indochina, Indonesia y Malasia. La Revolución indochina se extendió a Argelia. La Revolución argelina se extendió a Angola, Mozambique, Guinea-Bissau, y de estos lugares, a Portugal. La revolución cubana se había extendido a través de América Latina. La Revolución nicaragüense se extiende actualmente a El Salvador y a otros países de América Central.

Igualmente, como hemos podido comprobar, la contrarrevolución se organiza a escala internacional. No se contenta con financiar y armar a la clase dirigente de todos los países amenazados por la revolución, con el fin de mantenerse en el poder, ni, después de su derrocamiento, por reconquistar el poder. Organiza grupos internacionales de mercenarios para desestabilizar y ayudar a derrocar a los regímenes revolucionarios. Y cuando todo eso no es suficiente –y cuando las relaciones de fuerza en el seno de los países imperialistas lo permiten– organiza intervenciones militares abiertas del lado de la contrarrevolución en la guerra civil (como hizo en Finlandia en 1918, en Rusia en 1918-1920, en Polonia en 1920, en España en 1936, en China en 1946-1949) o emprende una intervención militar masiva y generalizada contra las posiciones revolucionarias, como sucedió en China en los años treinta, en Corea en 1950-1953, en Indochina (inicialmente emprendida por Francia y continuada por el imperialismo americano) durante treinta años, en Argelia en 1954-1962, etc.

La internacionalización de las revoluciones y de las contrarrevoluciones constituyen la base política de la necesidad de una Internacional revolucionaria. El éxito de una revolución nacional no depende solamente de los elementos nacionales. Una dirección revolucionaria debe tener en cuenta no solamente la situación nacional sino también la internacional. En nuestra época, las tareas de una Internacional no pueden reducirse simplemente a la lucha contra los rompehuelgas mediante la organización de la solidaridad internacional. Sus tareas tienen una dimensión política cada vez mayor. Debe reunir las condiciones para que, cuando la clase obrera y los pueblos oprimidos se levanten para conquistar su liberación nacional y social no tengan que hacer frente, de un modo disperso e incluso aislado, a las alianzas imperialistas mundiales y a su violencia concentrada. En este caso, su victoria siempre sería mucho más difícil, el precio de esta mucho más elevado, y la derrota mucho más probable.

“La crisis de la humanidad es la crisis de su dirección proletaria”. La dirección proletaria necesaria es la que ayudará a las masas a superar la fosa existente entre su nivel de conciencia y la realidad objetiva, una dirección que afrontará sus tareas internacionalistas, que reeducará al movimiento obrero en el espíritu del internacionalismo. El único internacionalismo que resulta decisivo es el que se verifica en la práctica. Esto no es posible finalmente más que por la construcción de una Internacional real que funcione como tal.

4. EL COMBATE HISTÓRICO POR UNA INTERNACIONAL REVOLUCIONARIA

Es precisamente en relación con las necesidades objetivas de la lucha de clases, por poner en relación sus “conclusiones organizativas” con sus análisis políticos, que la actividad de los revolucionarios en toda la historia política del movimiento obrero está ligado a la lucha por la creación de una verdadera Internacional revolucionaria. La idea de que los partidos revolucionarios nacionales pueden ser suficientes, o que

de lo que se trata es de construir primeramente fuertes organizaciones revolucionarias nacionales antes de poder comenzar a construir una auténtica Internacional revolucionaria, es totalmente falsa. Estas ideas no responden a la necesidad de garantizar un mínimo de coherencia organizativa y programática, irrealizable entre organizaciones nacionales construidas separadamente las unas de las otras. No responde a la pregunta de saber cómo es posible una educación internacionalista sistemática sin la experiencia práctica cotidiana de una actividad internacionalista común, y sobre todo, no responde a la pregunta de cómo es posible un análisis adecuado de una situación internacional extremadamente compleja y de sus evoluciones sin el *test* de una práctica común en una gran parte del mundo, mediatizada por las organizaciones y los camaradas que son miembros de un mismo partido mundial.

La acumulación de las más amplias experiencias internacionales posibles a través de una **organización** internacional, a través de la organización formal de una Internacional, mediante la intervención y la organización a escala internacional no se opone, sino más bien lo contrario, contribuye a la creación de fuertes direcciones internacionales y de potentes partidos nacionales.

Este hecho está confirmado por toda la historia del movimiento revolucionario internacional. Se desprende de su propia naturaleza. En cierto sentido, la primera "Internacional" en la historia del marxismo fueron Marx y Engels mismos, quienes durante toda su vida jamás construyeron desde un principio una organización nacional, sino que intentaron **siempre** construir simultáneamente, bien con las masas bien con fuerzas absolutamente minúsculas, una Internacional y sus respectivos partidos nacionales (Liga Comunista, proyecto de Internacional con el dirigente cartista Ernest Jones, Iª Internacional, proyecto de Internacional con los blanquistas, IIª Internacional). Esto ha llegado a ser un lugar común, pero hay que asimilar toda su significación: desde sus orígenes, el marxismo no fue un producto nacional sino internacional. Según una fórmula famosa, fue el producto de la filosofía **alemana**, de la política **francesa**, y de la economía-política **británica**. Desde sus comienzos, Marx y Engels se formaron sobre el campo internacional más amplio –en el que fueron obligados a buscar las respuestas en función de las propias necesidades mismas de la lucha revolucionaria en Alemania (2). ¿Y, se puede decir que su "obsesión" por los desarrollos internacionales, su negativa a limitarse a poner en pie simples organizaciones nacionales, el interés constante de construir una organización internacional, han llevado a Marx y Engels a "perder el contacto" con las realidades y las particularidades nacionales, como se ha afirmado en ocasiones? Todo lo contrario. Es precisamente porque fueron unos internacionalistas tan completos en su práctica y en sus ideas por lo que pudieron establecer tan claramente unos elementos universalmente decisivos. En comparación con otras corrientes en Alemania, Marx y Engels tuvieron de lejos la mejor comprensión del proceso revolucionario de 1848. A pesar de los errores secundarios que pudieran cometer, también supieron comprender mucho mejor la situación concreta, la táctica a aplicar y la intervención a desarrollar en Alemania. Su punto de partida internacional les llevó a mantener una línea nacional más correcta, mientras que las fuerzas más "localistas" fueron de error en error. Igualmente, ¿experimentaron Marx y Engels "una incapacidad de construir el partido" o "una incapacidad de deducir los trazos nacionales específicos" en sus actividades ulteriores? En absoluto. Fueron ellos los que mejor comprendieron cómo construir la Iª Internacional y sus secciones, cómo extraer las lecciones del significado y la línea de desarrollo de la Comuna de París, así como de los trazos particulares de la lucha en Alemania. En su agitación, sin precondiciones

programáticas, por la creación de un partido obrero de masas en la Gran Bretaña Engels comprendió la línea de desarrollo histórico del movimiento obrero de ese país veinte años antes que los que pretendidamente habían centrado su intervención en las "realidades nacionales".

Se trata de hecho, de una ley general del desarrollo del movimiento revolucionario internacional. Las corrientes más correctas y más revolucionarias a escala nacional son las que han tenido no solamente una experiencia revolucionaria avanzada en su propio país, sino las que también han estado mejor organizadas internacionalmente. Podemos ilustrar esta regla con numerosos ejemplos de la historia del movimiento obrero.

El ala más revolucionaria y más internacionalista del SPD alemán era la conducida por Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo. Pero Rosa Luxemburgo misma fue una dirigente que había asimilado totalmente concepciones y experiencias internacionales. Nacida en la Polonia dividida, tuvo la fortuna de ser militante de tres partidos a la vez: el partido polaco, el ruso y el alemán. Además de sus tareas en el seno del Buró y de los Congresos de la IIª Internacional, simultáneamente trabajó en la construcción de la organización polaca, dirigió un ala del partido alemán y participó personalmente en la Revolución rusa de 1905 y en las luchas internas de la socialdemocracia rusa. Comparada con todos los predicadores de las "particularidades nacionales", su corriente **internacional** fue la más realista y la más revolucionaria en la propia Alemania. ¿Cuáles fueron las conclusiones que extrajo Rosa Luxemburgo de toda esta experiencia? ¿Que fue excesivamente internacionalista? Al contrario: pensaba que **el movimiento obrero no había estado lo suficientemente organizado en el plano internacional**. Por eso escribirá a continuación de la catástrofe de Agosto de 1914 y el derrumbamiento de la IIª Internacional: *"El centro de gravedad de la organización del proletariado en tanto que clase es la Internacional"*(3). No la concebía como un ámbito de "intercambio de ideas" sino que la entendía como una verdadera **organización** internacional (4).

Rosa Luxemburgo llega exactamente a las mismas conclusiones teóricas que las aplicadas por Marx y Engels: a saber, que el movimiento de la clase obrera no puede ser jamás una suma de partidos nacionales, sino que se debe construir **simultáneamente** en tanto que Internacional y en tanto que partidos nacionales.

El segundo ejemplo es el de los bolcheviques. La necesidad de encontrar las ideas y las soluciones revolucionarias que se derivaba de la presión de la crisis social permanente en Rusia a partir de las últimas décadas del siglo XIX, combinado con el exilio forzado en el resto del mundo de **decenas de miles** de opositores al zarismo han dado al partido ruso un cuadro de comprensión y una experiencia internacional absolutamente inigualable por todos los demás partidos del mundo. Como dijo Lenin, el partido ruso era el que estaba más al corriente del "último grito" de las ideas y de los desarrollos revolucionarios internacionales (5). Esta no era una idea simplemente abstracta. Se trataba de una constatación realmente material. La política rusa estaba fuertemente determinada por la política mundial. Las revoluciones de 1905 y 1917 estallaron a continuación de guerras. Los revolucionarios rusos, a causa del exilio, tenían muchísimos contactos internacionales con los militantes de casi todos los países. La traducción al ruso de la literatura revolucionaria de la mayor calidad era superior a casi toda la que se hacía en los demás países. Los bolcheviques, el partido manifiestamente más capaz de entender "las particularidades nacionales de Rusia", era también el partido más **internacional** de toda la IIª Internacional.

Como Rosa Luxemburgo, los bolcheviques no extrajeron de su experiencia la

conclusión de que habían sido demasiado "internacionalistas". Esta conclusión se la dejaron a los reformistas de la socialdemocracia que, tras el giro decisivo de 1914, no consiguieron reconstruir organización internacional alguna con el mínimo de cohesión y representatividad que había tenido la IIª Internacional. Los bolcheviques, por el contrario, hicieron el balance de que no habían sido suficientemente internacionalistas –en particular al no crear una corriente internacional organizada. Este error fue sin duda una de las razones por las que Lenin fue incapaz de comprender a tiempo la degeneración del SPD. Corrigieron estos errores después de la terrible conmoción de 1914.

Desde el comienzo de la guerra, los bolcheviques empezaron a crear una nueva organización revolucionaria internacional, concretada por su actividad en Zimmerwald, Kienthal y en los preparativos para la creación de la Internacional Comunista. Naturalmente, la revolución rusa les dio la oportunidad de crear rápidamente una Internacional revolucionaria con una verdadera dimensión de masas. Pero su decisión de crear una organización internacional nueva era ya clara antes del estallido de la Revolución de 1917.

Trotsky, después de la catástrofe en Alemania en 1933, tampoco se orientó hacia la construcción de uno o varios partidos nacionales, sino que desde el primer momento trabajó por el objetivo de construir una nueva **Internacional**. Continuaba las trazas seguidas por Marx, Engels, Luxemburgo, Lenin y otros dirigentes del movimiento revolucionario. **Todos** esos grandes dirigentes revolucionarios, y la vanguardia que representaban, sacaron la conclusión, no solamente en la teoría, sino también en la práctica, de que había que construir simultáneamente una Internacional y partidos revolucionarios nacionales.

Estas conclusiones le fueron impuestas por la propia realidad objetiva del proceso revolucionario internacional. Todo revolucionario que actualmente no construya simultáneamente una Internacional revolucionaria y partidos revolucionarios nacionales no se basa en las conclusiones y las prácticas más avanzadas del movimiento revolucionario internacional sino, por el contrario, en la lógica de los reformistas y los centristas.

Finalmente, incluso a pesar de no ser un éxito total, la construcción de una Internacional revolucionaria ha desembocado siempre en un balance positivo. La Iª Internacional difunde el marxismo y ayuda a los comienzos de organizaciones de la clase obrera en casi todos los países capitalistas avanzados. En muchos de los países más importantes del mundo, la IIª Internacional estimula el desarrollo de partidos obreros de **masas** por primera vez en la historia.

A pesar de su degeneración final, este es también el caso de la Internacional Comunista. Esta, así como el proceso que impulsó, dio lugar a importantes avances no solamente en el programa sino también de gran trascendencia práctica para la revolución mundial y la clase obrera.

Cuando, en Brest-Litovsk, la Rusia soviética fue obligada a firmar la paz con el imperialismo alemán y austro-húngaro en condiciones desastrosas, sacrificando amplias zonas de territorio para mantener el Estado obrero y obtener un mínimo respiro para sobrevivir, los bolcheviques hicieron al mismo tiempo todo lo que estuvo en sus manos para ayudar a los revolucionarios alemanes en la agitación y la propaganda y mediante el apoyo financiero. El resultado del amplio eco que encontró su agitación revolucionaria (particularmente la de Trotsky) entre los soldados alemanes y austríacos, de esta ayuda organizativa facilitada a los revolucionarios y, subsidiariamente, el resultado de la educación revolucionaria y de la organización de los prisioneros de guerra austríacos y húngaros en Rusia, fue el desencadenamiento rápido de las revoluciones alemana, austríaca y húngara a

principios de noviembre de 1918, apenas seis meses después de la firma del tratado de Brest-Litovsk .

Cuando, en 1920, el imperialismo británico se preparaba para intervenir militarmente en la guerra entre Polonia y Rusia, amenazando con derrocar al régimen soviético exangüe después de numerosos años de guerra, de guerra civil, y de declive desastroso de la producción material (sobre todo de la producción alimenticia), las llamadas de la Internacional Comunista al movimiento obrero británico para que se opusiera activamente a los preparativos de guerra, fueron coronados por el éxito. Un comité de acción reagrupando al Labour Party y a los sindicatos llamó a la preparación de una huelga general nacional de duración ilimitada en caso de intervención militar de Gran Bretaña. Esta convocatoria fue apoyada por la puesta en pie de comités de acción locales para preparar esta huelga general en más de 400 ciudades a través del país. La guerra entre Gran Bretaña y la Rusia soviética fue evitada. La Rusia soviética fue salvada. Este fue el resultado práctico de la acción coordinada de la clase obrera europea.

Al comienzo de los años veinte, la Revolución china entró en una nueva etapa, debida a los enfrentamientos masivos de los intelectuales, de los estudiantes, de los trabajadores, así como de una fracción de la burguesía china, de una parte, y del imperialismo y de sus defensores de otra. La Rusia soviética envió una ayuda militar masiva a China, la ayudó a organizar la resistencia antiimperialista y a extender la lucha a gran escala. Es verdad que el resultado de la política errónea de supeditación a la burguesía del Kuomintang (KMT) condujo a la sangrienta derrota de la clase obrera china en abril de 1927. Supeditación que ayudó significativamente a Chiang Kai-shek a imponer su dictadura reaccionaria y mantenerla durante dos décadas. Pero lo que no se puede negar es que esta ayuda soviética impidió, de una modo decisivo, que China se convirtiera en una simple colonia del imperialismo. Al dar, durante los años veinte, un potente impulso a la creación del Partido Comunista Chino (PCC) y debido a su transformación en partido de masas, esta ayuda contribuyó indirectamente a la victoria de la tercera Revolución china en 1949, es decir al derrocamiento final del capitalismo en China, cualesquiera que fueran las **intervenciones contrarrevolucionarias ulteriores** de la burocracia soviética contra la revolución china.

Desde un punto de vista económico, social y político, los trabajadores y los revolucionarios deben hacer frente a una realidad cada vez más internacional. Las tareas que se desprenden de las necesidades objetivas de la lucha de clases, y en particular en lo que concierne las revoluciones, tienen tendencia a situarse cada vez más en un plano internacional. Su solución exige una coordinación internacional. Y resulta capital para el movimiento obrero actual, el renovar sus lazos con sus orígenes, con las tradiciones internacionalistas que han estado en la base de la primera organización internacionalista, la de Marx y Engels, y la de la Internacional Comunista en su período revolucionario. La tarea que se habían fijado era: coordinar a escala mundial, la lucha de la clase obrera por el derrocamiento del capitalismo, coordinar, a escala mundial, el esfuerzo por paralizar la contrarrevolución internacional, tarea **indispensable** para la lucha de clases práctica. La historia ha demostrado que la incapacidad de llevar a buen puerto estas tareas ha conducido al movimiento obrero a enormes retrocesos, a pérdidas considerables, e incluso a derrotas sangrientas.

Ya lo hemos dicho: la conciencia de las masas se encuentra muy por detrás de los imperativos de la realidad objetiva. Durante muchos años, estas han sido despolitizadas por sus direcciones reformistas que, en lugar de elevar su conciencia hacia el internacionalismo, les han enseñado a defender a su "propio" país y, por lo

tanto, sus “propios” capitalistas contra los trabajadores y los oprimidos de otros países del mundo .

5. LA NECESIDAD DE UNA NUEVA DIRECCIÓN REVOLUCIONARIA INTERNACIONAL

Con la degeneración de la Internacional Comunista en un simple instrumento de los giros y virajes de la política exterior de la burocracia soviética, la ausencia de una fuerza dirigente y coordinadora de las luchas revolucionarias internacionales se ha hecho sentir cruelmente justamente porque estas luchas no han desaparecido. En lugar de ayudar a sostener la revolución española, el Komintern estalinizado la estranguló, haciendo por ello inevitable la conquista de toda Europa por Hitler, así como su agresión a la URSS en un contexto extremadamente favorable. En lugar de ayudar a sostener el ascenso revolucionario de los trabajadores de Grecia, Italia y Francia, en 1944-1948, Stalin los dejó en manos del imperialismo occidental (un intento análogo en Yugoslavia fue desbaratado por los propios comunistas yugoslavos). En lugar de organizar, desde un principio, el apoyo a la revolución indochina, Stalin, después Jrushev, y más tarde Breznev no lo harían más que con una ayuda a cuentagotas, evitando que esta lucha se hundiera frente a la agresión imperialista, pero aplazando en numerosas décadas una victoria que hubiera podido ser alcanzada mucho antes. Las consecuencias materiales de tres décadas de agresiones y guerras han jugado un papel importante en el encadenamiento de las tragedias que siguieron a la victoria de la revolución indochina.

La necesidad de una nueva Internacional revolucionaria se ha hecho sentir objetivamente desde el momento en el que el fin del Komintern, en tanto que instrumento de la revolución mundial, ha sido confirmado por acontecimientos internacionales decisivos, es decir, a partir de la conquista del poder por Hitler en 1933. Desde entonces, esto constituye la base política del combate de la IVª Internacional.

a) Revolución permanente o “socialismo en un solo país”

El fracaso de la Revolución rusa en extenderse **victoriosamente** en el período de 1917-1923 a los países industrializados decisivos, la dejaría aislada en un país relativamente atrasado. Por consiguiente, se desencadenó un proceso de burocratización creciente del Estado soviético y del PCUS. Esto dio lugar al declive de la IC y, a continuación, a su destrucción como herramienta de la revolución mundial. Este proceso, del que el **estalinismo** es su expresión política e ideológica, refleja el hecho que una nueva capa privilegiada, la burocracia soviética –que no es una nueva clase dirigente– ha expropiado a la clase obrera soviética del ejercicio del poder político, ha concentrado en sus manos el control del excedente social y, por este camino, ha monopolizado el poder en todas las esferas de la sociedad soviética. Ha usado este poder para defender sus propios privilegios materiales, que son considerables en comparación con el nivel de vida medio de los trabajadores y los campesinos rusos.

La primera revisión fundamental del marxismo que expresó esta usurpación del poder por la burocracia soviética, fue la elaboración de la teoría según la cual se podía concluir la construcción de una sociedad socialista en Rusia, aislada en relación al resto del mundo. Se trata de la “teoría del socialismo en un solo país”. Esta teoría expresa el conservadurismo fundamental de la burocracia soviética y su abandono de la revolución mundial en favor del mantenimiento del “statu quo”

internacional, es decir de la coexistencia pacífica con el imperialismo o de la división del mundo en esferas de influencia entre la burocracia soviética y el capitalismo internacional.

Si los marxistas revolucionarios no han llamado nunca a la Unión Soviética o a su gobierno a "provocar" artificialmente revoluciones en otros países, o a "estimularlas" por medio de aventuras militares exteriores, ni a "atender a la revolución mundial" antes de empezar a desarrollar la economía y la sociedad soviéticas **en dirección** al socialismo, es porque comprenden perfectamente que la suerte de la Unión Soviética (la evolución y las transformaciones de su estructura interna incluidas) está ligada, en último término, al resultado de las luchas de clases a escala internacional. Del mismo modo que la clase obrera internacional tiene el deber de defender a la Unión Soviética contra las tentativas del imperialismo de restaurar el capitalismo, la Unión Soviética tiene el deber de ayudar y de facilitar el avance de la revolución mundial, en todos los casos en los que las luchas revolucionarias de masas y las crisis revolucionarias profundas, en uno o en varios países, certifican las posibilidades objetivas de obtener nuevas victorias revolucionarias. Ese deber mutuo corresponde a un interés común. Cada derrota de la revolución mundial debilitaría objetivamente a la Unión Soviética en la medida en que refuerza al imperialismo mundial. Del mismo modo que la restauración del capitalismo en la Unión Soviética (y en los otros Estados obreros) reforzaría terriblemente al imperialismo mundial, y a su vez debilitaría objetivamente la revolución mundial, al proletariado mundial, y todas las fuerzas antiimperialistas a lo largo del mundo.

La ruptura con la concepción clásica del internacionalismo proletario, tal como fue aplicada por la Internacional Comunista en sus primeros años de existencia, no es solamente una ruptura con los intereses de la revolución mundial y del proletariado mundial. Sino que, a su vez, ha impuesto enormes sacrificios evitables a los trabajadores soviéticos en la defensa de su Estado. Las consecuencias más graves se revelaron a posteriori, a pesar de que Trotsky y la Oposición de Izquierda soviética las previeran desde un principio. La "teoría del socialismo en un solo país" implica la subordinación de los intereses de los trabajadores del mundo entero a los pretendidos intereses de la "fortaleza socialista" o del "campo socialista" (en realidad a los intereses de la burocracia soviética, en todo punto distintos a los del proletariado soviético y del Estado soviético en tanto que tal). Pero tal subordinación implica una concepción que Trotsky ha llamado la "función mesiánica" atribuida a un país particular, o al menos del movimiento obrero o al proletariado de tal país. Ahora bien, no hay nada que pueda limitar tal mesianismo "nacional-comunista" a un único país (la Unión Soviética). Por el contrario, una vez que la "teoría del socialismo en un solo país" ha sido plenamente asimilado por los cuadros de los partidos comunistas educados bajo el estalinismo, se puede reproducir a voluntad **en no importa qué país** en el que el capitalismo haya sido derrocado.

De este modo, el PC chino, después del comienzo del conflicto chino-soviético, consideraba que se había convertido en "*el bastión de la revolución mundial*" a diferencia de la Unión Soviética, en la que el capitalismo habría sido supuestamente restaurado. Por consiguiente, toda asociación contrarrevolucionaria repugnante con las fuerzas reaccionarias a través del mundo contra la Unión Soviética (con el Sha de Irán, con las dictaduras militares del Pakistán, con el imperialismo USA, con Franz-Josef Strauss, con Sadat, con el carnicero militar chileno Pinochet, con la dictadura militar tailandesa) se ha justificado en nombre de la "defensa de la fortaleza socialista" identificada con el Estado chino. La salida trágica final de las falsas doctrinas del "nacional-comunismo", han sido las guerras abiertas entre

“países socialistas”, en las que las burocracias privilegiadas gobernantes son las únicas responsables y no el socialismo, o el comunismo, o la clase obrera.

b) Necesidad de una Internacional fundada sobre el centralismo democrático

Los frutos amargos del “nacional-comunismo” han acentuado también el nacionalismo y las sospechas nacionales entre las naciones, incluso después del derrocamiento del capitalismo. Han creado de este modo, durante un largo periodo, una enorme desconfianza hacia **toda** forma de organización internacional entre sectores importantes del proletariado y entre movimientos de masas en todo el mundo. Esta desconfianza es el producto de la experiencia desastrosa con el estalinismo en todas sus variantes y en todas sus retortijas ideológicas, comprendidos el maoísmo, que identifican el “internacionalismo proletario” con la subordinación de los intereses de los trabajadores y de los revolucionarios de los diferentes países a las maniobras del aparato del Estado burocrático de un solo país. En reacción contra el centralismo burocrático estalinista internacional (el dirigente estalinista del PCF, Maurice Thorez, tuvo a bien inventar la fórmula: “hoy el internacionalismo proletario es la solidaridad con la Unión Soviética”), muchos revolucionarios incluso acaban tirando al niño con el agua sucia y rechazan toda forma de organización internacional que implique un compromiso real basado en el centralismo democrático internacional.

Esta reacción, a pesar de ser comprensible, constituye un enorme paso hacia atrás no solamente en relación con las necesidades objetivas, sino también en relación con lo que la teoría y la práctica revolucionarias habían establecido en el curso mismo de los primeros decenios de nuestro siglo. A pesar de su fuerza de atracción superficial –y a menudo demagógica– esta reacción debe ser vigorosamente combatida. Igual que los revolucionarios no pueden rechazar la dictadura del proletariado, o la misma idea de la lucha de clases, simplemente porque estas hayan sido monstruosamente deformadas o ensuciadas por el estalinismo, tampoco pueden rechazar el internacionalismo proletario o la necesidad de una Internacional revolucionaria en razón del abuso único que se ha hecho de este concepto por los burócratas y sus vasallos. Frente a las formas cada vez más internacionales que están tomando la revolución y la contrarrevolución, frente a las acciones y a las estrategias cada vez más centralizadas de la contrarrevolución imperialista, toda separación de las fuerzas antiimperialistas y proletarias en sectores puramente “nacionales” o “regionales” operando independientemente unas de las otras, sin organización internacional común, no puede por menos que debilitar gravemente a las fuerzas de la revolución, en beneficio exclusivo del enemigo de clase. La centralización del papel contrarrevolucionario del imperialismo exige una coordinación internacional de las actividades revolucionarias. Rechazar la organización internacional no tiene sentido, desde un punto de vista teórico y práctico, más que si se piensa que el “socialismo en un solo país” es realmente posible, como lo piensan, de hecho, no solamente los estalinistas y los eurocomunistas, sino también los reformistas de izquierda y las diferentes formaciones centristas.

6. LA CONSTRUCCIÓN DE LA IV INTERNACIONAL, LA ÚNICA ORGANIZACIÓN OBRERA INTERNACIONAL QUE FUNCIONA COMO TAL

He aquí la razón por la que los partidarios de la IIIª Internacional, y después

Trotsky y sus camaradas, desde el primer día en que estuvieron convencidos de la necesidad de una nueva Internacional, han aplicado con obstinación la idea de que esta internacional debía funcionar desde un primer momento como una verdadera **organización basada desde el principio** en una disciplina común libremente aceptada, **independientemente** de su fuerza o su debilidad relativa.

Nosotros sabemos perfectamente que la IVª Internacional es todavía muy débil, aunque sea actualmente mucho más fuerte que cuando fue creada en 1938 o en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial, cuando tuvo su IIª Congreso Mundial en 1948. No somos más que el **primer núcleo** de la futura **Internacional Comunista de masas**, que será el Estado mayor general real de la revolución mundial, coordinando de hecho todas las luchas revolucionarias importantes en el mundo. Igualmente, nuestras secciones nacionales no son todavía partidos revolucionarios de masas, dirigiendo de hecho las luchas cotidianas de capas importantes de trabajadores de sus países respectivos.

Estos núcleos deberán de pasar por muchas fusiones con las fuerzas revolucionarias nuevamente emergentes, muchos reagrupamientos con las tendencias opositoras en ruptura con los partidos socialdemócratas y los partidos comunistas de masas en los períodos prerrevolucionarios o revolucionarios, antes de que lleguen a conseguir el estatuto de partidos de masas revolucionarios plenamente desarrollados, capaces de dirigir el proletariado y los campesinos pobres hacia la victoria de la revolución socialista.

Pero estos núcleos aportan a la construcción de los futuros partidos revolucionarios de masas y de la futura internacional revolucionaria de masas un programa que resume las lecciones de 150 años de luchas de clase proletarias a través del mundo, así como un conjunto crucial de cuadros formados en ese programa y experimentados en su aplicación en los problemas tácticos concretos más variados de la lucha de clases, en todas las partes del mundo. Aportan a estos futuros partidos y a esta futura internacional revolucionaria de masas una capacidad de formación incomparable de una verdadera práctica internacionalista, que han aplicado todos los días, todos los meses, todos los años.

La experiencia ha confirmado ahora y siempre que es absolutamente imposible alcanzar un nivel elemental de coordinación y de acción internacional sobre una base puramente espontánea. Sería una utopía total el pensar que el grado de internacionalismo en la teoría y en la acción que exige la presente etapa de la lucha de clases y de las luchas revolucionarias a escala mundial, podría ser alcanzado de cualquier manera, sin una preparación consciente y deliberada en la que participen miles, decenas de miles de cuadros y militantes, durante muchos años antes de que emerja la Internacional revolucionaria de masas de mañana.

Que la IVª Internacional, a pesar de su debilidad, sea la única tendencia del movimiento obrero internacional que funciona de hecho como una organización internacional en unos sesenta países del mundo, no es un caso fortuito. Esto es el producto de una formación sistemática en el internacionalismo práctico e integral, opuesto al concepto estaliniano del "nacional-comunismo", desde el principio mismo del movimiento trotskista, en la tradición de la Internacional Comunista y de todos los internacionalistas de la época de la Iª Guerra Mundial como Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht.

La IVª Internacional no es ni un fetiche ni un estandarte. Permite multiplicar la fuerza de sus secciones en las luchas cotidianas. Es ya un polo de atracción para muchos elementos revolucionarios de todo el mundo. El hecho de que la IVª Internacional hoy en día sea una realidad en el doble de países que cuando Trotsky fue asesinado, o en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial, se explica a la

vez por el hecho de que, a través de su propia experiencia de lucha, los revolucionarios de un número creciente de países han llegado a conclusiones programáticas idénticas a las del programa de la IVª Internacional y por el hecho de que han sabido deducir igualmente, por su propia experiencia, la necesidad de empezar a crear desde ya mismo una organización internacional además de sus secciones nacionales.

7. LAS RELACIONES ENTRE LA INTERNACIONAL Y LAS SECCIONES NACIONALES

Es además muy útil refutar otro mito. Se ha argumentado algunas veces que la existencia de una organización internacional es un estorbo para la elaboración de una táctica correcta por parte de los partidos nacionales. Esto es lo que defienden principalmente los centristas, los eurocomunistas e incluso los estalinistas de tipo tradicional en relación al pasado de la Internacional Comunista. Pero es simplemente falso que la existencia de la Internacional Comunista haya obstaculizado la elaboración de tácticas correctas por parte de las secciones nacionales.

Al contrario, fue la experiencia de la Internacional Comunista la que ayudó decisivamente a corregir la desastrosa línea ultraizquierdista del PC alemán, ilustrada a la vez por el *Spartakusbund* y por toda la dinámica del PC unificado en su primer periodo (acción de marzo de 1921). Fue la IC la que contribuyó a eliminar toda la confusión producto de una mezcla de oportunismo, individualismo y de línea derechista que reinaba en el PC francés en los primeros momentos de su nacimiento. También fue la IC la que contribuyó a la elaboración de una táctica del PC británico cualitativamente superior a cualquiera de las que existieron previamente en su país, sobre unas cuestiones tan vitales como eran la actitud hacia las elecciones, ante el Partido Laborista, la cuestión del Frente único obrero, la línea a adoptar en el seno de los sindicatos, etc. En su libro *The First Ten Years of American Communism* (Los diez primeros años del comunismo en los Estados Unidos) de James P. Cannon se hace un balance sobresaliente de las numerosas ocasiones en las que la IC **ayudó** a corregir la táctica del joven PC de los Estados Unidos, y le permitió remontar las dificultades de un modo que nunca hubiera logrado apoyándose sobre experiencias políticas puramente nacionales. Toda la experiencia de los debates en el curso del IIIº y IVº Congreso de la IC sobre la cuestión del Frente Único obrero ha constituido una ayuda decisiva para las secciones nacionales en materia de elaboración y de aplicación de su táctica nacional.

Una organización internacional, funcionando de manera democrática y no burocrática, no impide sino que, por el contrario, anima la creación de direcciones nacionales adecuadas y la elaboración de una táctica nacional correcta. Los errores cometidos por la IIIª Internacional en la época de Zinóviev y de Bujarin, después de su IVº Congreso, y más tarde los crímenes cometidos en la época de Stalin, no fueron el producto de una organización internacional fuerte sino más bien de la burocratización del Estado soviético, del PCUS y de la IC misma, así como de la adopción de métodos organizativos producto de esta burocratización: sustitución arbitraria de las direcciones nacionales; ausencia de Congresos nacionales previos a los de la IC; tácticas nacionales **impuestas** de forma burocrática a las secciones por el centro internacional, sin el apoyo de la mayoría de los cuadros y de los miembros de estas secciones; creación de una casta de funcionarios internacionales y nacionales serviles, a través de subsidios financieros internacionales masivos, e

incluso mediante la corrupción pura y simple, etc.

La IVª Internacional ha extraído todas las conclusiones de estos errores y las ha integrado en sus estatutos y en su práctica cotidiana. Cada organización revolucionaria nacional debe aprender por su propia experiencia cómo formar unos cuadros y una dirección capaz de incorporar en la elaboración de una táctica correcta las especificidades nacionales de su propio país, de su propia clase obrera y de su propio movimiento obrero, aliado de las lecciones generales deducidas de la lucha de clases internacional. La Internacional en tanto que tal, así como otras secciones, pueden dar sus consejos e insistir sobre su puesta en práctica. Pero no tienen el derecho de **decidir** absolutamente nada en esta materia. Por razones que se desprenden de la experiencia histórica, y no en tanto que concesión a cualquier concepción "federalista" de la organización internacional, los estatutos de la IVª Internacional **prohiben** explícitamente a los órganos internacionales el cambiar la composición de las direcciones nacionales o determinar la táctica de las secciones nacionales.

Pero la IVª Internacional comprende al mismo tiempo que, igual que la burguesía se niega a limitar su acción a un nivel nacional, el proletariado tampoco puede actuar de otro modo. La extensión de la lucha de clases a escala internacional exige una organización y, allí donde es necesario, una **disciplina** internacional. Por poner un ejemplo cotidiano: **el modo concreto** de aplicar nuestra solidaridad con la revolución nicaragüense y salvadoreña es una cuestión de táctica nacional. Pero la necesidad de una Campaña de solidaridad internacional con las revoluciones nicaragüenses y salvadoreñas se desprende de las exigencias **internacionales** de la lucha de clases. Sobre estas cuestiones claves de la estrategia y de la política internacionales, la Internacional tiene derecho a tomar decisiones. Las secciones deben aceptar esta disciplina después de una discusión democrática y del voto mayoritario. Las decisiones internacionales de este género vinculan a todas las organizaciones que buscan realmente responder a las necesidades de la lucha de clases internacional y que desean realmente construir un partido mundial.

La única solución de recambio en relación a tal organización internacional con disciplina internacional común sobre las cuestiones internacionales (que implica evidentemente el derecho para las minorías que tratan de modificar las decisiones internacionales por un nuevo voto, después de un período de aplicación de la antigua decisión, cuando la experiencia permite el convencer a la mayoría de que se había equivocado), es precisamente el "nacional-comunismo". Su esencia final ha sido correcta y dramáticamente resumida por Rosa Luxemburgo, después de la bancarrota de la IIª Internacional, en el momento del estallido de la Primera Guerra Mundial, en la amarga fórmula : *"¡Proletarios de todos los países, uníos en tiempos de paz, y mataros en tiempos de guerra!"*.

Con el fin de clarificar las relaciones entre la Internacional y las secciones nacionales, todavía hay que responder a otra objeción. Algunos afirman que una "revolución internacional" en tanto que tal no existe. Se apoyan en este sentido en una cita de Lenin sacada de su contexto: *"No hay más que una sola forma de internacionalismo real. Es la de trabajar de todo corazón por el desarrollo de la lucha revolucionaria en su propio país, y de apoyar, esta y solamente esta...en cada país, sin excepción"* (6). ¿Quiere esto decir que Lenin era un abogado de la revolución nacional en oposición a la revolución mundial, porque resulta manifiestamente imposible que haya una revolución "mundial" instantáneamente, en todos los países simultáneamente? En absoluto. Lenin expresa aquí simplemente, de un modo paradójico, una comprensión más profunda de las relaciones entre la revolución a escala nacional y la revolución mundial.

Si comprendemos la revolución mundial como una revolución simultánea en todos los países a la vez, como el derrocamiento de las clases dominantes en todos los países, es una simple utopía que desemboca en la práctica en una espera pasiva del "Gran Día". La IVª Internacional que se llama Partido Mundial de la Revolución Socialista, defiende en este terreno un punto de vista completamente opuesto. No concibe la revolución proletaria mundial como un acto simultáneo, sino como un **proceso** abierto por la victoria de la Revolución rusa de octubre de 1917.

Las relaciones entre la revolución a escala nacional y la revolución internacional son dialécticas. Reflejan las contradicciones entre los límites nacionales del Estado burgués y el desarrollo enorme de las fuerzas productivas, que han superado desde hace tiempo esos límites. Este crecimiento de las fuerzas productivas ha internacionalizado la lucha de clases. Por esta razón, existe una interdependencia orgánica no solamente de todas las economías "nacionales", sino también de todas las luchas de clase revolucionarias. El imperialismo es una cadena, y como todas las cadenas, se rompe primero por los eslabones más débiles.

Evidentemente, sería preferible que todos los eslabones se rompieran al mismo tiempo. Pero esto pertenece al reino de los sueños y no corresponde al desarrollo real, determinado por ciertas leyes objetivas. Pero, por otra parte, no existen revoluciones que se desarrollen sobre un terreno "puramente" nacional. La revolución se desencadena a nivel nacional, pero se extiende y tiene una influencia inmediata a escala internacional. Es esto lo que queremos decir cuando hablamos de una revolución internacional o mundial, de un proceso permanente en el que la ruptura de un eslabón nacional no es una finalidad en sí, no es un acto final sino un acto **inicial**.

Por otro lado, igual que no existe una revolución estrictamente nacional, ni una economía puramente nacional, no existe una burguesía que limite su acción a un dominio puramente nacional. Vivimos en la época del imperialismo. La burguesía se organiza internacionalmente para buscar la defensa de sus intereses. Con el fin de asegurar una victoria revolucionaria a escala nacional, es insuficiente confinarla en ese cuadro nacional. En el Vietnam, los revolucionarios no tenían que derrocar solamente a la clase dominante nacional. Tenían también que batirse contra el imperialismo francés y norteamericano, y antes contra el imperialismo japonés. Esto confirma hasta qué punto es utópico el querer atrincherarse en una política puramente "nacional", incluso con el fin de empezar el primer acto de una revolución.

Resulta por lo tanto necesario evitar toda interpretación mecánica de las relaciones existentes entre la revolución a escala nacional y la revolución internacional. Lenin polemizaba justamente contra las "profesiones de fe puramente declamatorias en favor del internacionalismo", que en su época fueron similares a las del "internacionalismo" abstracto y verbal que los eurocomunistas, los socialdemócratas de izquierdas y los estalinistas practican en la nuestra. Pero, deducir de este género de citas que es suficiente preparar la primera etapa de la revolución a nivel nacional, es decir, concentrar los esfuerzos exclusivamente en este nivel, significaría no comprender en absoluto que la especificidad nacional de cada revolución es solamente relativa y parcial, y de ningún modo total. Como lo dijo claramente Rosa Luxemburgo: *"La lucha de clases contra la clase dominante en los límites de los Estados burgueses, y la solidaridad internacional de los trabajadores de todos los países, he aquí las dos reglas de vida inherentes a la clase obrera en lucha, y de importancia histórica mundial para su emancipación"*.

De hecho, si queremos evaluar el funcionamiento de la IVª Internacional hoy, no podemos decir que se haya preocupado demasiado por los problemas o las

experiencias de carácter internacional, o que haya sido excesivamente centralista. Podríamos decir por el contrario que incluso ha estado marcada por una experiencia común **insuficiente**. Las diferentes secciones nacionales no han asimilado todavía las experiencias de otras secciones y de la Internacional en su conjunto (7). Una de las tareas más importantes que la Internacional debe afrontar en la actualidad, y cuya solución ayudará a la elaboración de tácticas nacionales correctas, es precisamente la de asegurar de la manera más amplia posible la asimilación por todas las secciones de la experiencia común de toda la Internacional. La discusión internacional, los viajes al extranjero de camaradas de diversas secciones, el compromiso de un número mayor de cuadros de diferentes países en el trabajo y en las discusiones de la Internacional, el reforzamiento de las publicaciones internacionales y, sobre todo, la realización de **tareas** internacionales comunes en relación con las luchas y los objetivos revolucionarios vitales a escala mundial: esta debe de ser una exigencia tanto de la Internacional como de sus secciones nacionales.

8. LAS CAMPAÑAS Y LAS ACCIONES INTERNACIONALES

Hasta aquí, hemos tratado la necesidad de una Internacional desde el punto de vista de la homogeneidad programática y de la necesidad de una visión internacionalista global por parte de las direcciones nacionales, a través del intercambio de experiencias y de conclusiones en común de luchas internacionales; necesidad que hunde sus raíces en el carácter objetivamente mundial de la lucha de clases.

La centralización internacional de la experiencia ayuda a reforzar la elaboración programática. Pero el programa no puede ser un simple comentario académico de la realidad mundial. Está en la base de un esfuerzo constante por **cambiar** esa realidad. En ese sentido, no puede ser puesto a prueba más que con **una práctica a escala mundial**. Sería una caricatura de internacionalismo el reducirlo a un simple análisis de la situación mundial, abandonando la práctica a las secciones nacionales solamente. Existe de hecho un internacionalismo con otro aspecto: **es el de la dialéctica entre la construcción de la Internacional revolucionaria y la creación de partidos a escala nacional**. De nuevo, no se trata de oponer la construcción de una Internacional a la construcción de partidos revolucionarios a escala nacional sino, por el contrario, comprender ambas tareas se refuerzan mutuamente. Esto se puede demostrar no solamente a nivel de la teoría, sino también por las experiencias revolucionarias concretas.

A continuación de la Primera Guerra Mundial, era objetivamente inevitable que se desarrollara una enorme radicalización política y que surgieran corrientes revolucionarias de diferentes tipos en casi todos los países. Pero no era desde luego inevitable que todas estas corrientes se fusionaran y maduraran hasta el punto de crear partidos revolucionarios de envergadura. Esto no pudo producirse "espontáneamente". Era necesario un **esfuerzo consciente** para crear una verdadera **internacional** revolucionaria. No fueron ni las "condiciones alemanas", ni las "condiciones francesas", ni las "condiciones italianas", ni las "condiciones norteamericanas" o las "condiciones chinas" tomadas separadamente las que permitieron la construcción de partidos comunistas más amplios y más avanzados y, en algunos casos decisivos, partidos revolucionarios **de masas**. Se necesitaba la intervención consciente y, si se quiere, el "voluntarismo" de la IC, para crearlos (de hecho, no se trataba evidentemente de "voluntarismo" en el sentido peyorativo del término, sino simplemente de comprender conscientemente las necesidades del

proceso objetivo). Esto implicaba una Internacional que no funcionaba sencillamente como un centro de discusión y de propaganda programática, sino también como una verdadera **organización**. La Internacional enviaba cuadros, publicaciones, consejos y dinero a multitud de países para contribuir a crear tales partidos. Hemos visto que el empleo de esos métodos, a pesar de los errores cometidos de tanto en tanto, no estorbaron sino que ayudaron a la construcción de partidos revolucionarios nacionales en la época de los cuatro primeros congresos de la IC. Repitémoslo: no fue una organización internacional sino la burocracia estalinista la que destruyó a la vez a los partidos comunistas y a la IC. Incluso después de la conquista del poder por uno o varios partidos revolucionarios, la existencia de una potente **organización** internacional, **independiente** de esos partidos porque se apoya sobre el conjunto de las fuerzas revolucionarias de todo el mundo, constituirá un fuerte freno contra los peligros de deformaciones burocráticas y de orientación insuficientemente internacionalista de parte de ese o de esos partidos.

Una internacional, es decir el internacionalismo encarnado, no puede simplemente ser una idea justa. Tiene que concretarse, tomar la forma de **una organización que actúa internacionalmente**. Una Internacional fuerte representaría una fuerza mayor para la construcción de partidos revolucionarios nacionales. Podemos demostrarlo a la vez sobre la base de consideraciones generales y de ejemplos prácticos de ayer y de hoy.

Tomemos cuestiones internacionales candentes, como la guerra del Vietnam ayer, o en el presente el curso de remilitarización acelerada por parte del imperialismo. No podemos, claro está, considerarlas como cuestiones "nacionales". Exigen campañas y acciones **internacionales** para que el proletariado pueda oponerse eficazmente. Esto conlleva una **organización** internacional.

O tomemos las cuestiones candentes de la lucha de clases inmediata y la necesidad de influenciar y de ganar nuevas corrientes para la construcción de una Internacional revolucionaria. Sería erróneo creer por ejemplo que las revoluciones nicaragüense o salvadoreña sean una problemática "reservada" a los camaradas latinoamericanos, o que el ascenso de las luchas obreras en Polonia lo sea de los camaradas europeos. Semejante "división del trabajo" no se justifica ni desde el punto de vista de las necesidades de la solidaridad internacional, ni desde el de influenciar y ganar a nuevas corrientes para que estas se organicen en esos países, ni desde el punto de vista de capitalizar las repercusiones internacionales que esos acontecimientos provocan en el movimiento obrero mundial. Los éxitos que obtengamos en el cumplimiento de todas esas tareas dependen de manera crucial **del peso de la IVª Internacional en su conjunto**, y del peso que, en tanto que organización internacional, pueda tener en la realización de estos objetivos.

La misma constatación puede hacerse en lo que concierne a las tareas claves para la construcción de la IVª Internacional, como puede ser el esfuerzo por ampliar su implantación en la clase obrera industrial. Las iniciativas en ese sentido pueden partir de unos países determinados. Las formas, tácticas y dirección precisa **deben** ser decididas a escala nacional (como los estatutos de la Internacional precisan). Pero las rectificaciones y el esfuerzo general deben de ser impulsados por la Internacional en su conjunto en tanto que organización. Este es el único medio para garantizar que el proceso avanzará realmente y que serán evitados los errores costosos por las secciones nacionales, como pueden ser la de confundir los trazos locales particulares con la tendencia fundamental, o de trasladar de manera mecánica las **formas particulares** adoptadas en otras secciones a países donde las condiciones son diferentes, etc.

Toda una serie de ejemplos podrían ser incorporados a esta lista: el trabajo antinuclear, la campaña internacional por el derecho al aborto, el trabajo de solidaridad con la revolución iraní, etc. Estas actividades organizadas por la Internacional de manera correcta no han obstaculizado sino favorecido la construcción de secciones nacionales.

La Internacional debía determinar los desarrollos claves y los “eslabones débiles” en la cadena de la reacción internacional y, desde el punto de vista de las necesidades objetivas de la lucha de clases y desde el punto de vista de la construcción del partido (ya que puede hacerlo más fácilmente que las secciones separadas unas de las otras). En último término, no se trata más que de un reflejo del **proceso de revolución permanente** que se desarrolla de manera desigual, con explosiones violentas en los puntos más débiles, con las ramificaciones y las tareas de la solidaridad internacional, y de los avances resultantes en la construcción del partido. Esto pone de nuevo de relieve la cuestión crucial de la **organización** internacional, que se expresa a través de campañas e iniciativas internacionales reales. Incluso en el estado actual de sus fuerzas, cuando se encuentra todavía lejos de contar con verdaderos partidos revolucionarios de masas en sus filas, la IVª Internacional no puede de ninguna manera ser concebida como una organización internacional que se limita a las tareas de elaboración política y programática, de propaganda y de educación internacional. Al comprender perfectamente su papel y sus posibilidades, y con un funcionamiento correcto, la IVª Internacional es ya capaz de organizar acciones internacionales, acciones que partidos de masas existentes podrían evidentemente organizar con mucha más eficacia, pero que se niegan a asumir, justamente porque han dejado de ser revolucionarias desde hace tiempo. Algunos ejemplos de la historia de la IVª Internacional nos dan pruebas de ello:

-Al final de los años cincuenta, la pequeña sección francesa de la IVª Internacional salvó el honor del movimiento obrero entero al ser la única organización en su seno que expresó su solidaridad con la revolución argelina (como también hicieron diversos grupos organizados fuera del movimiento obrero). La IVª Internacional que, en esta época, era mucho más débil que en el presente, consiguió construir la primera fábrica de armas modernas ligeras para la Revolución argelina, en el momento en el que esta se encontraba completamente desprovista de toda ayuda internacional material en este dominio.

-Las fuerzas de la IVª Internacional a través del mundo en la mitad y a finales de los años sesenta, estaban activamente comprometidas –en un número no desdeñable de países a nivel de dirección– en la organización y la coordinación de acciones de masas en solidaridad con la revolución vietnamita. A este propósito, hay que destacar particularmente el papel jugado por el Socialist Workers Party en los Estados Unidos, al que la reaccionaria Ley Voorhis impide ser miembro de la IVª Internacional, pero que mantiene relaciones de solidaridad política con ella. Tomando parte de una manera importante en la organización de un potente movimiento de masas antiguerra a lo largo del país, el SWP contribuyó ampliamente a la victoria de la revolución vietnamita, obligando al imperialismo norteamericano a retirar sus tropas del Vietnam.

-En 1971, la IVª Internacional fue la única organización que lanzó un movimiento de protesta mundial (incluyendo, a través de su sección, a Ceylán) contra la masacre de la juventud revolucionaria en esta isla por el gobierno de la Sra. Bandaranaike, apoyada por Washington, Moscú, Londres, Pekín, Nueva Delhi, etc, es decir, prácticamente todos los Estados y poderes establecidos en el mundo. La vida de Rohane Wijeweera, el joven estudiante del J.V.P., fue salvado prácticamente como

resultado de esta campaña.

-Cuando el dirigente campesino del Perú, nuestro camarada Hugo Blanco, fue condenado a muerte por las autoridades de su país, la IVª Internacional organizó una campaña mundial en su defensa que le salvó la vida. Cuando, más tarde, fue exiliado de su país por la dictadura militar, una campaña similar fue organizada y de nuevo fue coronada por el éxito.

-Cuando la dictadura franquista decadente conderó a muerte a seis militantes nacionalistas vascos durante el infame proceso de Burgos, en diciembre de 1970, la IVª Internacional organizó potentes acciones y manifestaciones de masas a través de toda Europa para salvarles la vida. Como resultado de estas acciones –como las que desarrollaron otras fuerzas– los condenados a muerte vascos no fueron ejecutados.

-Cuando después del derrocamiento de la infame dictadura del Sha de Persia, las fuerzas jomeinistas comenzaron, en verano de 1979, a reprimir a la izquierda revolucionaria y las minorías nacionales, la joven organización trotskysta en Irán fue violentamente atacada porque tuvo el coraje de pronunciarse públicamente por la solidaridad con la nación kurda oprimida. Catorce camaradas fueron arrestados y condenados a muerte. La IVª Internacional consiguió organizar la más amplia campaña de solidaridad de toda su historia en favor de estos camaradas, campaña que recibió el apoyo de muchas corrientes de organizaciones de masas del movimiento obrero en Europa y del movimiento sindical en otros países del mundo. Nuestros camaradas iraníes no fueron ejecutados y fueron liberados ulteriormente.

-A partir de 1979, la IVª Internacional ha participado activamente (y en numerosos casos, ha tomado la iniciativa) en el lanzamiento por todo el mundo de campañas de solidaridad con las revoluciones nicaragüense y salvadoreña. Estas campañas han tomado una gran amplitud y han recabado apoyos materiales para estas revoluciones en países tan diversos como Canadá, Francia, España, México, Colombia, Estados Unidos, Suiza, Bélgica, Suecia y otros lugares.

-A partir de el ascenso de la clase obrera polaca durante el verano de 1980, las organizaciones de masas obreras social demócratas y “eurocomunistas” –por no hablar de las dirigidas por los estalinistas– han rechazado de principio organizar la ayuda práctica en favor de los sindicatos polacos independientes *Solidarnosc*, y se han mostrado muy reticentes en comprometerse en esta vía, a pesar de todas las profesiones de fe verbales en favor de dichos sindicatos. En numerosos países, la IVª Internacional ha sido capaz, sobre todo a través de sus militantes y cuadros obreros y sindicales, de tomar las primeras iniciativas para que delegaciones sindicales marcharan a Polonia, para que una primera ayuda material de origen obrero se pusiera en marcha, para que se establecieran contactos y relaciones con el movimiento obrero independiente renaciente en Polonia para que se organizara una campaña contra la amenaza de intervención militar por parte del Kremlin.

9. DE UNA ORGANIZACIÓN DE CUADROS A PARTIDOS Y A UNA INTERNACIONAL DE MASAS

La última línea de repliegue de los que se oponen a la construcción simultánea de una Internacional revolucionaria y de partidos revolucionarios a escala nacional es, a menudo, la siguiente argumentación:

“Claro que hay que construir una Internacional revolucionaria. No es suficiente tener partidos nacionales. Pero la Internacional no puede ser construida actualmente. Sería prematuro obrar en este sentido. Significaría cortarnos de la posibilidad de colaborar con otros revolucionarios. Hay que esperar grandes acontecimientos y el

surgimiento de partidos revolucionarios de masas a escala nacional antes de poder crear una nueva Internacional revolucionaria. Por otro lado, fue así como surgió la IIIª Internacional” (8).

Este argumento no es ni siquiera correcto en lo que concierne a los hechos históricos. La dirección del Partido Bolchevique se orientó hacia la construcción de la IIIª Internacional **antes** del estallido o la victoria de la Revolución rusa y del hundimiento de la IIª Internacional. Pero, mucho más grave que este error de analogía histórica es el hecho de que semejantes argumentaciones están fundadas sobre la incomprensión de toda la dinámica real a través de la cual los verdaderos partidos revolucionarios y una verdadera Internacional revolucionaria de masas pueden surgir en los hechos.

Para empezar, hay que subrayar que este argumento de “última instancia” contra la construcción de una Internacional revolucionaria antes de que ésta sea un organización de masas, es también, en realidad, un argumento contra la construcción de organizaciones revolucionarias nacionales, antes de que sean partidos de masas. Hoy, en la inmensa mayoría de países, no es probable que los partidos de masas revolucionarios surjan inmediatamente o en un breve plazo de tiempo. El hecho de que los adversarios de la construcción simultánea de una Internacional y de partidos revolucionarios nacionales no apliquen sin embargo su argumentación contra la construcción inmediata de una organización revolucionaria en su propia país, demuestra hasta qué punto el fetichismo y el peso de las fronteras nacionales –la tentación del nacionalcomunismo– pesa todavía sobre ellos, incluso cuando no se pueda dudar de su compromiso sincero en la construcción del partido revolucionario.

En realidad, la lógica organizativa juega evidentemente en un sentido opuesto. Desde que se está de acuerdo sobre una línea política fundamental, siempre será mejor aplicada y tendrá muchas más posibilidades de ganar nuevos adherentes mientras se esté mejor organizado, actuando de una forma coherente. Este es un principio básico que juega a favor de la organización separada de los revolucionarios; tanto a nivel nacional como sobre el internacional. Los vínculos entre las diferentes secciones nacionales, sus experiencias comunes, el simple hecho de poder apoyarse sobre un número mayor de lecciones extraídas de la lucha de clases viva, y mucho más sobre los cerebros capaces de deducir esas lecciones gracias al empleo de una metodología común, puede y debe contribuir enormemente en la elaboración y a la aplicación eficaz de esta línea correcta. Cualquier otra concepción sustituye a una comprensión materialista de la manera en que se elabora y se aplica una línea política, por una visión idealista ingenua, que parten de “programas correctos acabados de una vez por todas”, fuera del tiempo y del espacio, en “líderes geniales”, en “dirigentes inspirados”, en “nuevos Lenines” y de otras paparruchas del mismo estilo.

Se podría también afirmar paradójicamente que justamente cuando los partidos revolucionarios nacionales de masas no existen todavía es **por lo tanto más importante** el construir simultáneamente las organizaciones nacionales y una Internacional revolucionaria. Hay que tener en cuenta que las presiones que se ejercen sobre las pequeñas organizaciones nacionales en el sentido de caer víctimas de apreciaciones impresionistas, de cortas miras, unilaterales, subjetivistas, etc., son tremendas. Estas presiones solo pueden ser neutralizadas hasta cierto punto mediante la integración de esas organizaciones en una organización internacional. Esto no implica, evidentemente, que una Internacional no vaya a ser tanto más necesaria cuando estos partidos revolucionarios de masas existan ya a escala nacional. Estos se encontrarán sometidos a otras formas de presión, no menos

peligrosas. Pero esto demuestra claramente hasta qué punto todos los argumentos “hay que esperar” antes de construir la Internacional son falsos.

Es por esta razón que Trotsky estaba completamente resuelto a construir la IVª Internacional antes de que estallara la Segunda Guerra mundial, a sabiendas de que habría más posibilidades de construir organizaciones revolucionarias después de la guerra que en 1938. Tenía en cuenta el hecho de la amplitud de los acontecimientos y de las presiones a escala nacional serían incalculables. El resultado fue el que Trotsky había previsto. Las secciones de la IVª Internacional lograron sobrevivir a la guerra y emergieron reforzadas de esta severa prueba, a pesar de que su crecimiento sería más lento del que Trotsky había previsto. Las organizaciones revolucionarias “nacionales” como el PSOP francés, el SAP alemán, el POUM español, el WP shachtmanista en los Estados Unidos, el RSAP neozelandés y muchas otras, fueron desarticulados y dispersados o desaparecieron prácticamente durante o al final de la tormenta debido a una serie de confusiones, subjetivismos y capitulaciones nacionales. Es la **preparación** de estos grandes acontecimientos, incluyendo las tareas de construir conscientemente una organización internacional, lo que ha permitido a las organizaciones nacionales de la IVª Internacional, bastante pequeñas y muy aisladas al comienzo de la guerra, atravesar esta inmensa prueba y salir reforzadas.

Una experiencia similar se produjo en Europa y en los Estados Unidos después del mayo de 1968 en Francia y sus repercusiones internacionales. No fueron solamente las fuerzas de la IVª Internacional las únicas que salieron reforzadas de estos hechos y de los procesos sociales subyacentes. Toda una serie de organizaciones; que buscaban una vía revolucionaria se desarrollaron en Europa y en los Estados Unidos y llegaron a conocer en algunos casos un crecimiento mucho más rápido que las organizaciones marxistas-revolucionarias.

Pero la lucha en Europa (por no hablar de los Estados Unidos) es una lucha seria y de larga duración. Las clases dominantes en los países imperialistas no serán derrocadas por una o dos grandes explosiones, sino solamente sobre la base de luchas severas y prolongadas que exigirán muchos giros y tácticas políticas diferenciadas. Las organizaciones que crecieron rápidamente después del 68 pero que rechazaron un programa revolucionario coherente y una internacional revolucionaria, han caído en su mayoría en una crisis total. En una gran mayoría de casos, han sido completamente desarticuladas o han llegado incluso a disolverse formalmente (KPD en Alemania, PT en España, Lotta Continua en Italia, el MAS en Portugal, el SDS y el PL en los Estados Unidos) desde el momento en que se encontraron con los primeros obstáculos serios, sobre todo ante la contraofensiva burguesa en la segunda mitad de los años setenta. Las organizaciones de la IVª Internacional y el trotskismo, al contrario, aunque no pudieron naturalmente escapar de los efectos de la evolución de la situación objetiva y sufrieron en consecuencia algunos retrocesos, comparado con las conquistas realizadas anteriormente, pudieron, en lo esencial, mantener sus fuerzas. Pudieron prepararse adecuadamente para el nuevo ascenso de las luchas, incluyendo la consolidación desde el punto de vista organizativo, aumentando su implantación en la clase obrera a pesar de ciertas pérdidas. No es necesario afirmar que la diferencia flagrante del resultado –crisis de desintegración cuando no desaparición total en un caso, mantenimiento de las fuerzas en otro– sea debida exclusivamente a la afiliación internacional, se debe también a las diferencias programáticas y políticas, aunque no sea casualidad que los que han podido desarrollar la posición política más correcta para afrontar la nueva situación fueron igualmente los que habían comprendido la necesidad de construir una Internacional revolucionaria. Ahora bien,

el hecho "organizativo" de construir la Internacional simultáneamente con la construcción de organizaciones nacionales, así como todas las conclusiones políticas que de ello se desprenden, fue un factor importante para asegurar una estabilidad política más coherente y fundamental a nuestras organizaciones, para permitirles orientarse sobre la base de las líneas principales del proceso y de no perderse en los aspectos puramente coyunturales, lo que fue una de las causas esenciales de que los trotskistas pudieran generalmente superar este período de reajuste mucho mejor que las demás organizaciones de extrema izquierda.

Este aspecto "organizativo" de la construcción consciente de un núcleo de partidos y de una Internacional revolucionaria, aunque represente todavía una fuerza muy limitada –y sobre todo, precisamente por su comprensión del hecho que todas las cuestiones políticas tienen implicaciones organizativas– constituye uno de los aspectos fundamentales del leninismo. La concepción según la cual una organización adecuada emergerá "espontáneamente" de las grandes luchas, que una nueva dirección aparecerá "espontáneamente", que una estrategia adecuada puede ser también elaborada "espontáneamente", o que se podrán desarrollar durante un breve período de crisis revolucionaria, es totalmente idealista.

Es verdad que las grandes masas no podrán alcanzar una conciencia de clase revolucionaria, es decir, romper fundamentalmente con el reformismo, más que en las condiciones de explosiones revolucionarias de lucha de masa, que son por naturaleza limitadas en el tiempo. Pero las organizaciones y las direcciones capaces de fusionarse con las luchas, y que, a su vez, se transformen al hacerlo, se transforman al mismo tiempo, deben de estar preparadas con antelación. He aquí uno de los fundamentos de la dialéctica de las revoluciones que Lenin fue el primero en comprender y en poner en práctica: **la dialéctica entre la creación de una organización de cuadros y la emergencia de un partido de masas revolucionario**. El partido bolchevique de masas de 1917, con una política revolucionaria correcta, fue precisamente el resultado de años de trabajo de preparación de una organización de cuadros que no era todavía un partido de masas, organización que tuvo que ser creada **antes** de las explosiones revolucionarias de 1905 y de 1917. La idea de que hay que "esperar" los grandes acontecimientos antes de empezar a construir el partido y la Internacional revolucionaria se opone abiertamente a este aspecto fundamental del leninismo, y viene a ser una recaída en el espontaneísmo que este había combatido ardientemente.

Esto se desprende claramente de un examen de los errores cometidos antes de 1917 por revolucionarios tan notables como Trotsky, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, errores que no disminuyeron en absoluto sus enormes méritos y su clarividencia programática, que en algunas ocasiones sobrepasó a la del Lenin anterior a 1914 o a 1917. No fue un gesto declamatorio por parte de Trotsky el afirmar que, sobre esta cuestión decisiva, Lenin tuvo razón contra todos sus adversarios en el movimiento obrero, y que, en definitiva, la salida de la revolución dependió de esta cuestión.

Antes de 1914, incluso antes de 1917, ni Rosa Luxemburgo ni Karl Liebknecht abordaron en lo inmediato en Alemania la perspectiva de construir un partido revolucionario de masas. Sería precisamente con la revolución de 1918 y las luchas explosivas posteriores cuando sectores importantes de un potente proletariado rompieron con el reformismo y el centrismo. Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht no construyeron un partido revolucionario de masas hasta 1918 debido a su concepción "voluntarista". Sin embargo, el reagrupamiento de una organización de cuadros obreros avanzados, de jóvenes y de mujeres que habían rechazado ya la orientación

reformista de la dirección del SPD y de los sindicatos hubiera sido posible en la Alemania anterior a 1914. Esta organización, que habría contado ya con miles de militantes formados y adiestrados, podría haberse fusionado en un partido revolucionario de masas, sobre la base de una dirección sólida con decenas de miles de trabajadores primero, con centenares de miles después, que entre noviembre de 1918 y finales de 1920 estaban en vías de romper con el reformismo y el centrismo; sin el concurso de los cuales, cualquier posibilidad de una victoria revolucionaria en Alemania hubiera sido, en cualquier caso, una mera habladuría vacía de sentido.

La tragedia de la Revolución alemana es que, cuando estalló la guerra, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht no pudieron apoyarse más que en algunos centenares de militantes que ni tan siquiera estaban cohesionados entre sí. Cuando estalló la revolución de 1918, no tuvieron la posibilidad de influenciar en profundidad el ascenso del movimiento de masas. Rosa Luxemburgo incluso fue derrotada en el seno de su propia organización en su lucha contra el curso fatalmente ultraizquierdista que tomó entre noviembre de 1918 y enero de 1919.

Antes de 1917, Trotsky cometió el mismo error desastroso. No solamente no se unió a los bolcheviques, lo que fue el mayor error de su vida, sino que tampoco llegó a construir una sólida organización de cuadros para defender su propia línea. En consecuencia, entró en la Revolución rusa de 1917 con un programa excelente, con un pequeño número de cuadros brillantes y algunos miles de simpatizantes, el grupo de los "interradios" –*Mezhrayozniki*–, es decir unas fuerzas **organizadas** tan reducidas que no tenían ninguna probabilidad de construir un partido revolucionario de masas con capacidad de influenciar decisivamente el curso de los acontecimientos.

Lo que era realmente imposible era dar el salto de la nada o de algunos centenares o incluso algunos miles de militantes a un partido revolucionario de masas en el sentido real del término, incluso en la situación más revolucionaria.

Lenin por el contrario, antes de la revolución, e incluso durante los períodos de la peor reacción, continuó con obstinación la tarea de construir y de conservar una organización de cuadros que, debido a las dimensiones **organizativas** que consiguió alcanzar progresivamente, pudo fusionarse con las amplias corrientes de masas y llegar a ser un partido revolucionario de masas entre febrero y octubre de 1917. Era evidentemente necesaria una orientación política correcta para este fin, que fue obtenida gracias a las **Tesis de abril**. Pero, incluso con la mejor orientación política del mundo, la Revolución de octubre no hubiera podido triunfar si este partido de masas no hubiera existido. Y ese partido de masas no se habría construido sin la formación y la consolidación paciente de los cuadros bolcheviques durante los quince años precedentes.

Contrariamente a lo que pretende una vieja leyenda, los marxistas revolucionarios rusos crecieron numéricamente desde algunas decenas unos años antes del fin del siglo XIX a algunos miles en 1905 y entre unos 15 a 20.000 en febrero de 1917. Fue a partir de esta base sólida que pudieron construir un partido de masas de 240000 militantes en Octubre de 1917.

Por lo tanto, hay que evitar el repetir los errores espontaneístas de Rosa Luxemburgo y Trotsky en lo que concierne la construcción de una organización de cuadros, tanto a escala nacional como internacional. La ausencia de partidos revolucionarios de masas no será nunca una excusa para no construir una organización de cuadros si hay un programa y una orientación política general común. Esto es verdad a escala nacional. También se aplica a escala internacional. Todo lo demás, es romper con la concepción leninista de la organización, es decir

recaer en las ilusiones espontaneistas groseras.

LA IVª INTERNACIONAL HOY

Esta es la lección fundamental de práctica política que la IVª Internacional aplica actualmente. Sabe que no es todavía una Internacional revolucionaria de masas, que esta surgirá de las luchas de masas y de desarrollos revolucionarios de gran amplitud. Pero sabe también que es vital preparar tales partidos y tal Internacional desde ahora. Y esto no puede hacerse más que construyendo desde ahora las **organizaciones** nacionales y una **organización** internacional lo más fuerte posible.

Las actividades y las campañas de la IVª Internacional no reflejan preocupaciones sectarias o de simple **pose**, sino que responden a exigencias reales de la lucha de clases internacional. Es por ello que apoyan el proceso de construcción simultánea de organizaciones revolucionarias nacionales y de una Internacional revolucionaria, los progresos realizados a escala nacional contribuyen a la construcción de otras secciones y de la Internacional en su conjunto. He aquí algunos ejemplos concretos que lo demuestran:

-El importante papel de la JCR en la explosión de mayo del 68 en Francia, y la creación posterior de la LCR –gracias a una ayuda real de la Internacional– representó un paso adelante importante para la construcción del partido en Francia. Pero este paso adelante ayudó enormemente a la construcción de la IVª Internacional en su conjunto y en la de numerosas organizaciones nacionales. Toda una serie de secciones actuales –la española, la sueca, la británica, la Antillana, por no tomar más que los ejemplos más directos– deben su existencia, o bien una parte muy importante de sus fuerzas– a los hechos resultantes de este éxito ocurrido en Francia.

-La campaña para salvar la vida de Hugo Blanco fue una exigencia objetiva de solidaridad internacional con la lucha de masas campesinas peruana, independientemente de toda consideración de reclutamiento y de construcción del partido. Hugo Blanco es hoy en día el líder más conocido de toda la izquierda peruana, presidente de la Confederación Nacional de los Campesinos y diputado en la Asamblea Nacional. Todo esto fue logrado también gracias al apoyo de la Internacional, y ha contribuido a su vez a la construcción de la sección peruana, a la construcción de secciones de otros países de América Latina, y a la construcción de la IVª Internacional en su conjunto.

–La campaña contra la guerra del Vietnam corresponde a consideraciones objetivas. Debería haberse llevado a cabo aunque no hubiera permitido reclutar a un solo miembro. Pero fue crucial no solamente por el resultado obtenido por el movimiento antiguerra en los Estados Unidos, sino también para la construcción de partidos en numerosos países y para la construcción de la IVª Internacional, que tenía en los Estados Unidos a una organización marxista-revolucionaria como el Socialist Workers Party, en solidaridad política con la IVª Internacional, aunque no afiliado a ella. La existencia de esta organización y el papel que ha jugado en el seno del movimiento antiguerra han contribuido a la creación de secciones como las de Australia, de Nueva Zelanda, de Gran Bretaña, y ha tenido efectos positivos para el conjunto de la IVª Internacional.

-La campaña de la IVª Internacional contra el proceso de Burgos fue dictada por exigencias objetivas de Solidaridad internacional. Pero sus resultados reflejan precisamente ese carácter objetivamente correcto de la campaña. No solamente ha contribuido a salvar la vida de los militantes sino también ha contribuido a ganar

todo un sector de revolucionarios nacionalistas vascos a la sección española de la IVª Internacional.

Tales actividades internacionales –y los avances organizativos resultantes– no comportan en absoluto el desarrollo de relaciones sectarias con otras corrientes revolucionarias o tendencias que evolucionan hacia la izquierda desde el movimiento obrero de masas. Por el contrario, **ayudan** a desarrollar relaciones fraternales con estas tendencias. Los revolucionarios serios no nos rechazan por el aspecto “organizativo” de nuestras actividades. Determinan su relación con nosotros en función de las aproximaciones o los desacuerdos **políticos**. Las campañas llevadas por la IVª Internacional en solidaridad con la revolución argelina, vietnamita, nicaragüense, salvadoreña, con la lucha en Granada, o con el ascenso impetuoso del proletariado polaco no han provocado tensiones en nuestras relaciones con el FLN argelino, con los revolucionarios nicaragüenses, salvadoreños o granadinos, o con las fuerzas que empezaron a trabajar por el renacimiento del marxismo revolucionario en Polonia, todo lo contrario. Todas las personas comprometidas en estas luchas son gente muy práctica. Juzgan a las otras fuerzas políticas no en función de lo que estas dicen sino en función de lo que hacen. La existencia de una organización internacional capaz de impulsar campañas de solidaridad y otras actividades internacionales, es actualmente uno de los principales logros de los marxistas-revolucionarios, no solamente por sus resultados políticos-organizativos, sino también con vistas a establecer contactos con otras corrientes revolucionarias o en evolución hacia la izquierda.

En resumen, no es solamente la teoría o la experiencia de los partidos de masas de la Internacional Comunista, sino en la prueba concreta de la lucha de clases durante las últimas décadas lo que confirma que la construcción de organizaciones revolucionarias a escala nacional y la construcción inmediata de una Internacional revolucionaria no se oponen la una a la otra, sino que, más bien, dependen la una de la otra. Se trata de dos tareas organizativas centrales y combinadas que todos los revolucionarios que comprenden a fondo la dinámica de la revolución permanente deben resolver conjuntamente.

NOTAS

(1) La burguesía comprende bastante bien este aspecto del problema. Leemos en el **Business Week** (nº del 24 de noviembre de 1980): *“La regla de oro de las compañías multinacionales en sus relaciones con los sindicatos, ha sido siempre la de impedir a los sindicatos el ganar la suficiente potencia para poder negociar sobre una base multinacional. Estas compañías han rechazado siempre el negociar con confederaciones sindicales internacionales”* .

(2) Ni siquiera la zona geográfica en la que se formaron los fundadores del marxismo es accidental. Renania era alemana culturalmente y desde el punto de vista lingüístico, pero fue totalmente transformada política y socialmente bajo el impacto de la revolución francesa. Marx era por así decirlo nacido entre dos culturas, la alemana y la francesa. El componente británico no solamente fue aportado por sus estudios, sino por el efecto decisivo de su amistad con Engels, que vivió en Gran Bretaña. Marx mismo ha afirmado que las dos obras del joven Engels, escritas bajo el impacto de su experiencia británica –**La condición de la clase obrera en Inglaterra** y **Esbozo de una crítica de la economía política**–, tuvieron una influencia crucial sobre él.

- (3) **Rosa Luxemburgo: *Sämtliche Werke***, vol. 4, p. 46 (Dietz-Verrag, Berlín, 1974) (Nuestra propia traducción)
- (4) Sus conclusiones organizativas, resumidas en forma de tesis, son de una claridad luminosa: "*La Internacional, en tiempos de paz, decide de las tácticas a adoptar por las secciones nacionales sobre las cuestiones del militarismo, de la política colonial, de la política comercial, de la celebración del Primero de mayo, y finalmente de la táctica colectiva a aplicar en caso de guerra ...*
...La Patria socialista a la que todo lo demás debe de estar subordinado es la de la Internacional socialista" (Idem, pp. 46-47) (Nuestra propia traducción).
- (5) Ver por ejemplo Lenin, **La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo** .
- (6) Lenin: "*Las tareas del proletariado en nuestra revolución*", en, **Collected Works**, tomo 24, p. 75 (Nuestra propia traducción).
- (7) En la mayoría de los países de Europa por ejemplo, la experiencia de los Estados Unidos y los escritos del camarada Cannon no han sido suficientemente estudiados. La Internacional en su conjunto ganaría muchísimo en el estudio de otras experiencias nacionales, como la larga campaña de solidaridad con la Revolución argelina, la de los trotskistas europeos bajo la ocupación nazi, la de las actividades de los trotskistas en Argentina bajo en el peronismo, la de la Revolución boliviana, la de Sri Lanka o la de los trotskistas japoneses, en las experiencias de luchas obreras y de las luchas –que a menudo se desarrollan con tareas de dirección– sindicales de las diversas secciones europeas desde el comienzo de los años setenta, etc.
- (8) En la lucha por 1a IVª Internacional entre 1933 y 1938, y sobre todo en la preparación de la Conferencia de fundación de 1938, Trotsky mismo, se enfrentó a esta argumentación. Respondió entonces vigorosamente. Ver particularmente su carta del 31 de mayo titulada *¿Por la IVª Internacional? ¡No! ¡La IVª Internacional!* (**Writings of Leon Trotsky 1937-1938**, p. 345).
- (9) Existen numerosas fuentes que atestiguan que Lenin planteó la cuestión de una nueva Internacional desde 1914. Será suficiente mencionar una, el artículo **Situación y tareas de la Internacional Socialista** del 1 de noviembre de 1914: "*La IIª Internacional ha muerto, sucumbiendo al oportunismo... la IIIª Internacional tendrá la tarea de organizar las fuerzas del proletariado para el asalto revolucionario contra los gobiernos capitalistas ...*".